

de música de secundaria, entona el Himno Nacional. Ahora se canta el norteamericano. La rechifla es portentosa. Nunca falta quien se acuerde de la pérdida de Texas y California y Nuevo México.

- Mávalo/ Pártele la madre. Que lo mate.
- Róm-pe-le-la-ma-dre (Rumbeado). Róm-pe-le-la-ma-dre.
- Quiere llorar.
- Duro con el gringo.

La pelea no tiene mucho interés, al decir de los expertos. Pero el país goza de uno de esos ratos de esparcimiento en los cuales vuelve a ser, por un instante, la Nación.

[1992]

La hora del consumo de emociones

VÁMONOS AL ÁNGEL

El paso más prometedor en la trayectoria errátil pero firme de la humanidad es el conocimiento generalizado de los deportes. En esto cree con firmeza Juan Gustavo Lepe, aficionado que no se resigna a serlo, y que se obstina en trascender etapas en su pasión futbolera conduciéndola a planos de enorme seriedad. Él pone con la humildad debida el ejemplo y, según me consta, en materia de fútbol, lo sabe todo. Y cuando digo todo estoy diciendo *todo*. Nunca se pierde un juego y, si le es posible, en vivo y en directo como hoy se dice (él detesta las transmisiones por tele, que al reducir el tamaño de la cancha enanizan la emoción). También, él posee una colección insuperable de video-tapes, que noche a noche analiza con severidad de contable y astrofísico, mientras imita burlonamente a los locutores y discute el valor de los entrenadores como si fueran regiones geográficas con sus puntos cardinales: “Al sur y al norte de Miguel Mejía Barón...” Para decirlo rápido, Juan Gustavo sólo se siente realmente vivo cuando opina (juzga) (delibera) sobre fútbol. Según sus amigos cercanos a él lo descubre la madrugada alejando consigo mismo lo adecuado o lo inadecuado de las formaciones. “El fútbol es una ciencia”, asegura, “es la verificación empírica de los modos correctos de usar el balón, que significan el triunfo de una nación sobre las demás”.

En esta semana los éxitos inesperados en el Mundial de la Selección Nacional, del Glorioso Tri, le infundieron a Juan Gustavo nuevos bríos, y la expresión es suya. “Son horas en que la Patria nos entra por los ojos y los oídos y se nos sale por la garganta”. Y más si el escenario de las celebraciones vuelve a ser la columna del Ángel de la Independencia, adonde ya ha ido Juan Gustavo en otras ocasiones. Allí se ha desfogado, ha bailado, se

ha enamorado de su fibra vocal, y le ha dado la razón a la frase del Papa Juan Pablo II: "¡México sabe rezar, México sabe cantar, pero sobre todo, México sabe gritar!"

Este día México ganó, y Juan Gustavo, sin pensarlo, se dirige al Ángel. En el camino, circundado por la euforia general, lo aqueja un recuerdo malsano. Hace unas semanas se quedó viendo, sin saber ni por qué, un debate televisivo de más de tres horas sobre las celebraciones futboleras. Participaban un comunicólogo, un psicólogo sólo apto para personas menores de treinta años, un experto en dilucidar los motivos ocultos de los actos nonatos, un memorioso que se sabe sin fallarle un dato las alineaciones de la historia del futbol mexicano (y que en anterior reencarnación quizás estuvo en Pachuca, en aquel partido inaugural e histórico de 1898 entre mineros e ingleses, o algo así), un psicólogo de conducta urbana en ciudades con más de un millón de habitantes, un politólogo y un conocedor de reacciones patrióticas genuinas.

Sin poderse explicar el porqué, a Juan Gustavo el programa lo afectó profundamente, y todavía le reverbera en la memoria. ¿De modo que sus reacciones, las más profundas, se deben a...? No, no puede ser. ¿O sí? Él ya está al tanto desde la secundaria de cuánto nos traiciona el inconsciente pero aquí se permite la duda. Claro, es muy probable que el condicionamiento social alcance grados bárbaros, y que muchas de nuestras reacciones dependan de lo que se espera de nosotros, ¿pero hasta ese punto? Él acumula los elementos de juicio y los distribuye como sobre una mesa. Vamos a ver. El futbol es un deporte y es un gran negocio. ¿No es cierto? Y uno, durante y después de los partidos, se comporta exactamente como los demás, aunque *los demás* no hagan nada. ¿No es cierto?

Ya cerca del Ángel Juan Gustavo recapitula mentalmente y fija su posición. El juego fue apasionante y le hizo evocar aquel otro cuando el mismo Presidente saltó y gritó y participó en la Ola. Hasta aquí todo bien porque incluso en ese debate que lo perturba nadie objetó el placer que se deriva de un buen partido de futbol. Y ni quién lo dude, el juego de hoy fue sensacional y nada mejor que ir al sitio donde se le rinde homenaje

ritual a la Nación que a la mejor ya la hizo o ya la va a hacer en el futbol. Qué padre desgañitarse con el "¡Viva México!!!", o con el más agresivo y popular "¡Viva México, cabrones hijos de la chingada!!!" En el resumen él va muy bien, porque es legítimo y universal festejar la victoria de nuestros enviados plenipotenciarios sobre el césped. Pero en este instante Juan Gustavo se siente acosado. ¿Qué pasa? ¿Efectivamente, como se dijo en el programa, esta multitud y por ende el país entero, ha mecanizado su proceso de carnavalización? ¿Es el futbol la alucinación catártica que facilita el desahogo de las frustraciones y los resentimientos de tanta vida aplastada?... Juan Gustavo se detiene y se autocritica. ¡Qué cosas le hace decir su mente tan débil a las incitaciones del rollo! Él quiere hacer a un lado las hipótesis mamonas y entrarle a las porras y a las filas de la conga patriótica y a la Ola. ¿Para qué perder el tiempo con elucubraciones si la ciudad entera se ha vuelto un desmadre óptimo? Los chavos bailan sobre el toldo de los camiones, arriesgan la vida al extraer la mitad del cuerpo en los automóviles, se encuentran y se felicitan por ser mexicanos, le pierden el respeto a la autoridad que mejor se ausenta... Por estas horas las turbas (¡pinche palabrita de los rollers!) han tomado el control de la ciudad.

Nomás eso faltaba. Nomás eso sobraba. Juan Gustavo, el enamorado del futbol, se detiene segundos antes de diluirse en el anonimato de los anónimos, y observa a sus semejantes. "¡Qué extraño!", murmura. "¿De dónde viene ese canto gutural...?" ¡Qué joda! Más bien, ¿en dónde acuñó su cerebro eso del "canto gutural"? Él se reconviene a sí mismo, a lo que oyes dile *porra*, dile *fervor patrio*. ¡Y qué mala onda! El día que gana México, él con la conciencia dividida. ¿Qué es esto? Ahora localiza en su evocación una de las teorías que más le perturban: si actúan así las legiones de fans en el Ángel es porque el civismo se ha ido atrofiando, y el patriotismo ya tiene muy pocas oportunidades de existir... ¿Y de qué patriotismo me hablan? Estas colectividades llevan muchos años haciéndose a la idea de su cruel destino, y de que su mayor hazaña comprobable es trasladarse como pueden de un día a otro, de un año al siguiente. En 1847

se perdió la mitad más grande del territorio nacional, y desde entonces los traumas históricos se agravan, éramos una nación y ahora somos la rebatiña por las franquicias...

Vámonos respetando. Que no me psicoanalicen el Alma Nacional porque ni le entrará jamás al incesto, ni es equívoca ni ambigua... Juan Gustavo se detiene en medio del alegato autopersuasivo. ¿Quién le manda oír tonteras de ociosos? Es cierto que a veces como que el ánimo patrio se resquebraja, eso sucede en el momento de las devaluaciones del peso, eso sucedió cuando el Mundial de Argentina en 1978, entonces perdimos tan feo que hasta el escudo nacional parecía desdibujarse. Ni hablar. Hay momentos en la vida en que la desdicha nos conduce al autocastigo, y por eso las frases como guillotinas: la visión de los vencidos/ el complejo de inferioridad del mexicano/ el hoyo del subdesarrollo/ el dolor de no haber sido y el terror de nunca ser... Quizás no con el determinismo de estas expresiones, pero son muchos siglos de pasarla mal y por eso el pópolo aprovecha cualquier resquicio para reconstruir su ego.

“¿Qué estoy diciendo?” Juan Gustavo, aturdido por el sube y baja de sus pensamientos, busca recuperarse y se sumerge en el tumulto. La gente lo arrolla con sus desplazamientos coreográficos (al avanzar con extrema lentitud la muchedumbre es como el danzón del origen de las especies, donde la tribu se vuelve pareja apretujada), y él se asoma al paisaje de olores y sensaciones. Sí, en eso no se equivocan los críticos. Qué mal lo del vandalismo, y qué locos y suicidas estos chavos que se lanzan desde las estatuas al corazón del gentío, como Niños Héroeos o clavistas demenciales en la Gran Alberca de la República. Se van a partir la madre, qué tontería eso de sentirse invulnerables porque los intoxica la idea de ser fragmentos de la Patria... Y estos chavitos que se precipitan hacia las mantas, para que un grupo los lance a las alturas y los recoja y los vuelva a lanzar, como a Don Quijote en la venta, o a quién sabe quién el día que se desnucó...

Qué loquera. Por lo menos hoy no pasó lo de hace unos días, cuando unos granaderos circundaron el Ángel a modo de cinturón de castidad del monumento, tan agraviado por la exu-

berancia popular. Entonces Juan Gustavo, que cree ya no alarmarse de nada, se asombró de la ferocidad inconsciente o maligna de los jóvenes que se arrojaban en oleadas contra los guardianes del orden (o del desorden), se dejaban golpear mógicamente y volvían a la carga porque sus cuerpos eran intercambiables, a unos les puede ir del carajo pero a todos juntos el dolor les hace los mandados... “¡Qué estupideces digo!”, se recrimina el Teórico de las Mil Canchas, pero si aquello era espantoso, les pegaban a los chavos y regresaban y empujaban a los granaderos y se adueñaban de las escalinatas con la pura densidad corporal y eran tanto más temibles por innumerables.

En el Ángel la especie ya imprescindible, los Maquillistas del Rostro Tricolor no se dan abasto, trazan con velocidad inigualable los simulacros de banderas de tres colores, y algunos se dan maña y dibujan algo parecido al águila y la serpiente. ¡Qué habilidad de trazo! ¡Sí que estos jóvenes logran maravillas con sus tatuajes efímeros! Por lo pronto, los rostros convencionales ascienden a las profundidades de la Guerra Florida, y se adornan con las policromías insurgentes y, aunque usted no lo crea, con la espectacularidad del inconsciente colectivo... “¿Qué necedades se me ocurren?”, se pregunta. “¿De dónde saqué lo del inconsciente colectivo? Si lo que hay es la diafanidad o las turbiedades del relajo, las máscaras del atavismo...” Dios mío, más poesía instantánea al amparo del marcador que nos favorece. Además, según aseguró un panelista ya no hay atavismos. Y lo argumentó bien: al atavismo y sus ritmos genésicos los sustituyen los anhelos de aparecer en la tele aunque sea por un segundo.

¡Qué curioso! Juan Gustavo, de por sí memorioso, enumera con fidelidad extrema los argumentos más bien oscuros de los teóricos del fútbol y sus mitologías privadas y públicas. Y sus dudas van a dar al seno del monstruo indecible: el Mundial de las interpretaciones en torno a los acontecimientos del Mundial. A lo mejor es cierto, a lo mejor es probable, a lo mejor es pura fantasía, pero algo hay en el fondo, quizás eso del extravío de la conciencia que persigue a un balón, tal vez el que los aullidos de la raza replacen a las demandas de empleo o a las

ganas de hallarle sentido a la existencia... “¿Pero qué me pasa?”, se pregunta por enésima vez Juan Gustavo. “¿A qué vine: a musitar sandeces o a desfogarme? ¿Y por qué el nacionalismo deportivo es censurable si es cosa de todos los países y puede que en México nos quedemos cortos?” Él enumera las agrias censuras al falso nacionalismo, y ve en su alrededor a los chavos envueltos en las banderas, lo que ya es ritual, y observa el verde, el blanco y el colorado en caras y brazos y torsos, y admira la variedad de rostros como máscaras, y recuerda a la chava sobre el toldo del camión con el brassiere improvisado que tomó de una bandera, y contempla a dos adolescentes con su taparrabos tricolor, y se rinde a la evidencia: este nacionalismo será a plazo fijo pero es novedosísimo. Los grandes símbolos ya forman parte del guardarropa más esencial.

¡Sí que son vándalos!, reacciona Juan Gustavo enconadamente. ¿De qué se trata, de darle la razón a los críticos? La chusma, y no hay palabra más descriptiva al respecto, se ufana ahora de su machismo y de sus ansias de posesión, o a lo mejor ya los tragos los desquiciaron, y se entregan al manoseo y al tentaleo y al desgarramiento de vestidos. ¡Qué horror! Esto que sucede aquí a unos pasos es un intento de violación tumultuaria. Los plebeyazos o los juniorazos atrapan a una joven, la desnudan de la cintura para arriba, y la embisten con celo de antropófago. ¡Cuántas manos sobre un par de senos! La penuria y la hambre se desatan, la chava grita, se retuerce, pasa en un segundo de la dejadez al espanto, quiere huir, al principio no consigue apoyo, es demasiado el aturdimiento, pero luego algunos reaccionan, la protegen o quieren hacerlo, y a fin de cuentas a la chava la salva el exceso: son demasiadas manos, demasiadas excitaciones.

Un grupo pregunta cada tres minutos a los paseantes que se dejan rodear: “¿Qué somos los mexicanos?” Y sólo una respuesta se admite, diáfana y sonora: “¡UNOS CHINGONES!!” Va de nuevo: “¿Y qué son los demás?” Y *los demás* deben y pueden desempeñar una función precisa: “CULEE-ROS/CU-LEEE-ROS”.

“¿A qué vine?”, se repite a sí mismo Juan Gustavo. A lo mejor vine a lo que dicen, a reconquistar la calle que ya no es

nuestra, a manifestar el ardor patrio para olvidar las prisiones de la casa o el departamento y... “¿A qué vine?” Cómo saberlo, nada es como parece, el fondo misterioso de las cosas es el sentido de la vida. Y él salta y salta; y pronto se detiene, y se aparta de la masa y anota en un cuadernito sus reacciones, y así sucesivamente, hasta llegar a la conclusión múltiple: el Ángel es un símbolo freudiano, el juego de futbol representa al ser nacional en abstracto, las reacciones ante el Tri son festejos del postnacionalismo, la tele empequeñece la realidad para engrandecer nuestro ánimo, y él mismo, el sabio futbolero, es una falsa demostración de la ley de gravedad.

Parábolas de las postrimerías TEOLOGÍA DE MULTITUDES

¿Cuántos se necesitan para integrar o promover una nueva creencia? Antes eran bien pocos, bastaban unos cuantos corazones desamparados y hartos del páramo espiritual en que vivían; ellos se reconocían por señas o frecuentación de los mismos parques, y se iban juntando a la espera de la frase o la plegaria que iluminan el sendero desconocido, mientras voces extrañas se amplifican en la conciencia. ¿Qué más pedir? Y el grupo disertaba de la fe inconvincente o agonizante, ubicaba la nueva oportunidad mística, e iniciaba, con la mirada del visitado por los ángeles, la prédica de las buenas nuevas...

Esto fue antes, cuando lo cuantitativo no era el criterio absoluto, y los poderes obstaculizaban el crecimiento de las minorías. Hoy se extingue la utopía de los pocos-pero-representativos, y a los credos recién inaugurados se les exige acreditar de inmediato su vocación mayoritaria. Ahora la legitimidad es asunto de números, en la estadística suelen hallar los enterados la validez de una creencia y lo que no se multiplica traiciona a la razón de ser del mundo contemporáneo. A diario, las minorías se vuelven mayorías, y las mayorías antiguas se doblan o centuplican para que las nuevas mayorías no las alcancen. Y lo que llamamos "explosión demográfica" no es sino el encarnizado combate entre las mayorías de ayer y las de mañana.

Una predicción: somos tantos que ya ninguna creencia, ni la más oscura y extraviada, podrá estar sola un minuto siquiera.

La hora de la tradición ¡OH CONSUELO DEL MORTAL!

El 11 de diciembre en la noche en la Basílica de Guadalupe se concentra, año con año, la religiosidad popular. Si el guadalupanismo no es, exactamente, la esencia nacional (millones de personas no son católicas, y eso no las despoja de ciudadanía alguna), sí es la expresión más pródiga de vida religiosa, con su secuela de esfuerzos comunitarios, devociones familiares, júbilos de palomilla o banda, certezas de que la fe resurge cuando el calendario —de fechas o de penas— lo demanda, y la Virgen se maravilla ante los sufrimientos que cuelgan en su manto.

En su mayoría, quienes llevan las Mañanitas son adolescentes y jóvenes (hombres). En los dos días desfilan personas de todas las edades, pero la noche del 11 es propia de los chavos con mantas, guitarras, y grandes imágenes de la Guadalupana a cuestras. Su fiesta es múltiple: de entrega al símbolo que se desdobra en doctrina y nación, de alivio demográfico porque hay cientos de miles como ellos, de contento por haber nacido en el seno del agradecimiento guadalupano (del gremio, de la colonia, del pueblote, de la capital, de la familia innumerable). Así va el razonamiento: de ustedes, padres y abuelos, conservamos el apellido, los rasgos, las creencias, la suerte laboral y una que otra foto; de ustedes, paisanos y artesanos, retenemos estilos y cansancios, vírgenes y cristos y santos.

Las bicicletas inundan el atrio, y los ríos de personas chocan y se neutralizan, caminar es imposible, dejarse arrastrar es lo conducente, el humor fluye sin interés alguno por el ingenio, el cansancio es el preámbulo de la transfiguración, y el pueblo es el conjunto de ropa de saldos, y la técnica para adaptar los cuerpos a la falta de espacio. Aquí se exhibe lo ocultado el resto del año: el país sin acceso a la modernización por contagio.

Inventario a modo de letanía

Ayúdanos. Mira a éste tu pueblo. Si tú no intervienes, ¿quién va a hacerlo? Sácanos del hoyo, Patroncita. Te ofrecemos lo que hay: los rostros inexpresivos a fuerza de tan reveladores, las pencas de nopal en las rodillas, los pies que sangran delatando los kilómetros de zarrandeo en la aflicción, la vista extraviada en las ayudaditas del trago, el impulso danzante hasta el confín del próximo mediodía... No hiciste igual con ninguna otra nación, Virgencita, tú acompañaste al libertador Miguel Hidalgo, tú derrotaste a la extranjera Virgen de los Remedios, tú no te separaste de Emiliano Zapata, tú refulgés en las paredes desnudas y te dejás adorar en estanquillos y refaccionarias y en los caminos y en los camiones, y en las chozas habilitadas de vivienda popular, y en las residencias en la sección de arte virreinal... Danos una mano, mira que el salario mínimo es una burla y acaban de aumentar la gasolina, las tortillas, los frijoles...

Históricamente, el guadalupanismo, acervo de arraigo y continuidad, es la forma más encarnizada del nacionalismo, ¿pero qué sucede en un mundo postradicional? ¿Cuál es la relación entre *nacionalismo* y *guadalupanismo*? Según creo, más que de pasión belicosa, se puede hablar de lazos que igualan logros y limitaciones: la miseria, la comprensión del mundo a través de actos rituales, el desamparo, la costumbre, el amor estremecido por los símbolos, el sincretismo como vía de adaptación (primero a la Conquista, luego a la nación que surgía entre batallas, más tarde a la modernización), el fanatismo que es también un testimonio corporal del arraigo en el primer aprendizaje. La fe ciega: potencia dentro de la impotencia de creyentes que son mexicanos, de mexicanos que además son creyentes.

—Es la Reina de México. Aquí no tenemos monarquía, pero ella es la reina de todos nosotros, porque es india.

—Para que nos respeten a los de las bicicletas, tenemos que movilizarnos centenares a la vez. Si no, ni para cuándo llegaríamos a la Basílica.

—Yo le prometí a la Virgen que si consigo dinero y me caso el año entrante, mi primer hijo se llamará Guadalupe, sea hembra o varón.

—Qué bueno que esa promesa no se la hiciste a la Virgen de Fátima.

¿Qué más decir de la Guadalupana? Es el elemento pacificador en la cristianización de los nativos y en la mexicanización de la fe (fecha oficial de inauguración del sincretismo: 1531), es el gran depósito reverencial de los mexicanos que emigran, es la concesionaria del sitio de honor en recámaras, sindicatos, tabernas, lupanares, camiones de carga... A fines del siglo XX, en la Guadalupana se concentran las vivencias de la marginalidad y el desgarramiento, en ámbitos donde lo mexicano es sinónimo de orgullo recóndito o de inocencia sin protección. Ella, presente en la infancia de cada mexicano (sea o no católico), es el paisaje de las convicciones tutelares, el signo de la normalidad en la pobreza, el pretexto formidable para el ejercicio de la intolerancia.

11 de diciembre. 9 de la noche

El peregrino, desfalleciente, avanza de rodillas, y en su rostro se agolpan las tensiones: la piedad llagada, las vibraciones de la esperanza, la inminencia del alivio, el dolor turbio y esclarecido, las plegarias de los fieles... y los ecos de la otra marcha, la interminable de los radios de transistores y los sonidos del tránsito.

El peregrino se abisma en el infinito que es el siguiente metro a recorrer. Allí saciará su sed, obtendrá el perdón y los favores, expiará su necesidad de expiación, será feliz porque su infelicidad permanente adquirirá un sentido.

Los familiares colocan mantas a su paso, y el peregrino deja de oír y deja de sentir por instantes, agradece sin agradecer, las rodillas sangran, el rezo languidece o se levanta. Él habrá de prevalecer, una manda es compromiso sagrado, no porque le suceda algo, sus cosechas no se perderán (no tiene), su hija no huirá de la casa (murió muy niña), su padre se aliviará (no lo conoció), sino porque las promesas a la Virgen, al margen del estado de salud de quien las emita, son actas testamentarias en el lecho de muerte. En trance de extinción uno no le falla a su

principal acreedora, a su caudal máspreciado, a la mayor belleza que ha conocido, y por eso el flagelo del cuerpo redituará, y no porque el reptar desfalleciente exorcice al futuro, ni porque a la Virgen la sobornen la carne martirizada y las plegarias (ella no es un funcionario mayor o menor), sino porque el peregrino la ama hasta las lágrimas que no se evitan, hasta la transformación de la pena innecesaria en padecimiento que se justifica.

¿Quién comparte ahora la religiosidad de los suplicantes? Los rezongos se transmiten ante el desfile penitencial: para qué tanto si siempre nos va como nos va, mejor conducir las mortificaciones por los atajos de la plegaria desinteresada (porque en el fondo nada se espera), y anular por obvia la exhibición del sacrificio. Y la gente se hace a un lado absorta en sus propias mortificaciones.

La Basílica. 11 de la noche. Control remoto de Televisa

Canta el cuarteto de jóvenes, tan reminisciente a los grupos cubanos de los cincuentas, armoniosos como una sinfonía ultraterrena:

Señora de piel morena,
Señora bonita y buena.
Señora de piel morena
Usted, usted me besó.

En eso precisamente, en dulzura melódica, se transforma la sed de infinito que uno asocia con los comerciales. Ahora un abad emprende otra sesión catequística, novedosa en un país que tras cuatro siglos de cristianismo unánime y un siglo de creencias mayoritarias se abre por fin a la evangelización... Entra para suavizar el aleccionamiento la cantante María de Lourdes y su grupo de rescate de las tradiciones, de aquellas a punto de ahogarse y de las que por lo pronto todavía tienen clientela. Los trajes típicos (ese generoso olvido de cómo se vestían antes) honran a las regiones y son “un bello mosaico de lo

Nuestro”. Y en el Festival del Fervor se entona “Guadalupe” de Juan Zaizar: “Guadalupe/ bella flor en el ayate de Juan Diego”. Así hemos cantado desde 1531 y así nos vestíamos: con jorongos, huipiles, sombreros de palma, arrobos matutinos a cualquier hora del día, el alba de la Mexicanidad en las pestañas y en la garganta.

¿Hasta qué punto es reverente a la antigua una muchedumbre cuyo alborozo también le viene de su condición televisable? Cómo saberlo, los tiempos devastan los usos de la piedad antigua, no es lo mismo rezar a secas que rezar ante la cámara, ni se vive igual el amor filial en parroquias malamente iluminadas que en un control remoto pagado por Casa Domecq. Mientras dilucido tan arduas cuestiones, un sacerdote desata el maná de las alegorías: “El Cerro del Tepeyac reflejaba lo que es una teofanía... Ella les reveló al Dios en que los aztecas habían creído desde siempre”. Y el maestro de ceremonias lo interrumpe para recordarnos otra vez lo inesperado: los cantantes mexicanos se distinguen por su guadalupanismo.

El Festival del Fervor no necesita jurado. Allí están Chamín Correa y su grupo, María Victoria, Lucero, Irma Dorantes, María Medina... Una vez más, la televisión nos informa: detrás de cada mexicano, se vista como se vista, acecha un campesino que canta o recita el “Piropo Guadalupeño” del Vate López Méndez:

Virgencita linda, mi Guadalupeña,
la mejor amiga de mi fe cristiana...
Bendita tú eres entre todas ellas,
entre las mujeres y entre las estrellas.

En el impulso evangelizador se asoma la presunción académica: “¿Qué puede usted decirnos, señor Abad, de los estudios modernos sobre la imagen? ¿Cuántas casas ha tenido Nuestra Señora de Guadalupe?...” Oigo la siguiente ronda de serenateros que preside Lola Beltrán y me pregunto a mí mismo, a falta de mejor interlocutor: ¿En qué pensarán los cantantes? No en la promoción, ni en verse santificados en cadena nacional... e

internacional, como prometió el conductor. Más bien, y si le damos crédito a sus semblantes, atisban teofanías que fueron cerros, jubileos que fueron la visita de un indígena a un obispo, oscilaciones cosmogónicas que van de la teología de Santo Tomás a la religión nacionalizada, de la prédica con intérpretes a la conversión masiva que bien a bien no es tal porque, según el sacerdote, ya desde su salida de Aztlán los aztecas, por mono-teístas, eran cristianos en términos generales antes de serlo en el detalle.

Vestido de blanco impoluto, como si asistiera a la primera comunión de sus cuerdas vocales, todo él la estilización del charro que se emancipa para siempre del campo, Fernando Allende le canta a la Morenita, "Despierta", la canción de Gabriel Ruiz:

Despierta, dulce amor de mi vida,
Despierta, si te encuentras dormida...

La letra, pensada para celebrar el amor profano, se endereza rumbo al amor divino. Escucha mi voz vibrar bajo tu ventana... Uno, por cinéfilo, evoca *La Virgen del Tepeyac*, película inolvidable por razones extra-artísticas, y en donde Allende (Juan Diego) camina a saltitos de animal coreográfico del monte, e inaugura en la Nueva España el habla castilla-Régulo-Madaleno-India María: "Pos ocurre, Tata Obispo, que andando por las querencias del monte, a este indio bruto e iletrado que ni teología ni metafísica domina, sorprendióle la refulgencia de una hermosa señora..." O algo así. Y me devuelvo a los murmullos resonantes que en el camino se vuelven "Las Mañanitas", y a las facciones alumbradas por el deber, que dirigen su inocencia a ese altar, ese cielo refulgente, ese Más Allá... la cámara de televisión, el nuevo tótem que no exige adoración pero la obtiene, y no demanda contemplación absorta porque de eso sí goza hasta el hartazgo.

—Éstas son las Mañanitas, que cantaba el Rey David.

Mi voto incondicional por las tradiciones se tambalea. ¿Cómo es posible? Y sí, sí lo es. La congregación está leyendo la letra de

"Las Mañanitas", en papelitos obsequiados a la entrada. Si el pueblo no se sabe de memoria "Las Mañanitas", ¿qué destino le espera a la Constitución de la República? ...Sigue el concierto, y el bolero y la canción ranchera se depositan a los pies de la Virgen, como siempre pero no del modo que siempre. Recuerdo ahora, con esa portentosa memoria que lo inventa todo para no quedar mal consigo misma, las primeras transmisiones televisivas desde la Basílica de Guadalupe, a Pedrito Infante entonando con unción canciones guadalupanas y a los artistas llevándole "Mañanitas" a la Madre de Dios con un tono solícito y distante, no distante de Ella por supuesto, sino de la cámara, qué triste aquella etapa primitiva cuando la gente —¡qué atraso!— se sentía viviendo a secas, no perteneciendo al videocasette de la existencia.

Cada año en la Basílica, la serenata, institución semestral (el 10 de mayo, su otro nicho ecológico), revive con fuerza y despliega el vestuario de la Mexicanidad, las ropas gracias a las cuales los mexicanos seguirán reconociéndose en el cielo, tan multicultural: sarapes, rebozos, trenzas, moños de colores, trajes de charro a la usanza de los charros del porvenir, sombreros respetuosamente sostenidos en la mano, blusas bordadas, quexquémetls, trajes de tehuana. Todo esto portaron nuestros antepasados con tal de liberarnos de la falta de tradiciones.

"En esta noche clara/ de inquietos luceros/ lo que yo te quiero/ te vengo a decir..." María Victoria interpreta "Rondalla", la canción de Alfonso Esparza Oteo que durará lo que duren los homenajes líricos a la medianoche, y la cantante, alguna vez encumbrada por la sensualidad, se somete a las disciplinas de la mortificación: mirada vidriosa extraída de películas aptas para Semana Santa, semblante que busca hacer invisible lo terrenal, brazos cruzados en pos del diluvio de absoluciones. Y en torno a María Victoria se propagan los éxtasis faciales, o, mejor, las representaciones de ese asalto al Monte Carmelo de donde se descende con el aura de los excursionistas celestes. El mariachi llega a donde se detuvieron los cantos gregorianos. "Conocí a una linda morenita/ y la quise mucho./ Por las tardes iba enamorado, cariñoso a verla./ Y al contemplar sus ojos mi pa-

sión crecía./ Ay morena, morenita mía, no te olvidaré.” Y *quedéme no sabiendo, toda ciencia tarareando*. San Juan de la Cruz debió escribir boleros, y en esto medito severamente mientras las estampas de Belén se interrumpen para dar paso al comercial y a la religiosidad popular (nunca lo mismo).

“El fin de la mística es la sobreabundancia de la tecnología.” No sé quién dijo esta frase, o si alguien la dijo, o si es uno de mis presentimientos póstumos (la nueva especie en los años del neoliberalismo). Lo cierto es que, apretujado en la nueva Basílica, soy testigo del escamoteo: a la piEDAD que observa la sustituye la piedad que se siente observada.

Reflexiones que se detienen al borde de la herejía por falta de un patrocinador

Comentario innoble: ¿cuántos de los artistas convocados aprovechan la oportunidad para promocionarse aquí y en toda América Latina? *Reflexión que cancela el comentario innoble*: ¿Cuántos de los convocados afirmarán con su devoción el ejercicio espiritual de los televidentes? Si uno cae en la tentación (digo, para usar una frase con prosapia) de sentir al medio electrónico invadido por la fe, se ve devuelto al siglo al sólo imaginar las acciones de los cientos de miles o los millones de familias que contemplan ahora el programa, se levantan al refrigerador, comentan los trajes, evocan anécdotas de la oficina, sonríen, se abrazan, mandan a los niños a la cama, preguntan a qué horas llegan Elenita y Roberto, cambian de canal para “monitorear la piedad”, comentan de paso un programa del día anterior. Así como se oye, y si miento que me excomulgue el canal 2.

La televisión divulga las convicciones y, de paso, las transforma en algo semejante y distinto, no la irreverencia desde luego, pero sí la conciencia escindida entre el rezo íntimo y la magna divulgación de los rezos íntimos, entre las representaciones sacras y el monitor. ¿Eso actualiza el dogma? Probablemente no, ni subraya tampoco la incredulidad. La televisión en nuestros días, centro de las creencias y las idolatrías inexplicables, ni es

creyente ni deja de serlo, es el precipitarse de imágenes que se disuelven en la indiferenciación, es la rutina que de pronto adquiere visos de zarza ardiente.

Alguien se pregunta: ¿terminarán viendo el aparato como si vieran misa? Y el escéptico responde: ¿acabarán inmersos en la misa como si vieran tele? Dos potencias de fin de siglo se encuentran y se unen en el lapso breve que antes llamaban, a falta de siglas y abreviaturas, eternidad. En la tele, la multitud pertenece al espectáculo de un modo que jamás prohijarán los templos. La serenata concluye, la misa pontifical acaba, y todos están seguros de que aún hay más.

Atrio de la Basílica. Doce de la noche

Los cantantes fuera de cámaras son, cómo no decirlo, belicosos. A ellos les indignan el silencio, la blandura del ánimo, y la ausencia del oro, de la mirra y el incienso que ofrecerle a Ella, la Madre del Verdaderísimo Dios. Y su canto —monótono, profundo, lacerante, bellissimo— extermina pecados, ensoñaciones del oído, indiferencias... y, de golpe, sueños y vigiliAs se agregan al estruendo, que es el idioma litúrgico de la hora, la síntesis demoledora de los rezos, los cánticos a la Morenita del Tepeyac, las elegías rancheras de José Alfredo Jiménez y Tomás Méndez, las bendiciones dichas como maldiciones, los exhortos, las advertencias de las familias que no pueden desbalagarse (porque si no regresan juntos al pueblo o al barrio, deberán fundar otra ciudad), las anécdotas juveniles donde las muchas ganas trascienden el poco desfogue, los diálogos a tropezones que son meros ejercicios de garganta, los sones de mariachi, los pregones comerciales, las iras de los técnicos de la televisión...

Mucho quiero, mucho deseo que aquí se levante mi morada sagrada... Cada 12 de diciembre la ciudad religiosa se aglomera en la Basílica. ¿Se produce allí, y de qué modo, lo que los teólogos de la liberación llaman *eclesiogénesis*, la creación de la iglesia desde abajo, desde el pueblo? La pregunta me sobrepasa, pero en tanto se decide si hay o no *eclesiogénesis*, percibo —rugiente,

omnitronante— el tumulto que empareja a los ritos, enloquece a la montaña, sana y enferma al lunático, eleva y derrumba las madererías de Dios sobre las muchedumbres labrantías, deshace los ordenamientos jerárquicos, le da al ruido la calidad de presagio de la tierra desordenada y vacía antes del Principio o del Apocalipsis, le concede reposo a la fe durante los bailables, no le da tregua a la atención.

En el apretujamiento de la religiosidad, la creencia va y viene, se desfoga eurítmicamente, se apretuja, compra, come, ayuna, deja que la arrebatan las creencias idénticas, se desmaya, se recupera, se acuerda de palomas negras y de brazos en donde se amanece, certifica que no hay sensación más herética que la doctrina incontaminada, ingresa cada cinco minutos a cualquiera de las colas móviles, emite frases que le impiden conversar, se enreda entre las mantas, agita los cascabeles en los pies, deshace las teologías bien portadas, admite como voceros a teponaxtles y tambores, se desdobra en peregrinos y turistas, se abisma igualmente en ritmos prehispánicos y en marchas de John Philip Sousa, calienta tortillas, bebe de aquí a la siguiente sobriedad, deposita flores en el altar, se santigua, se enfada al no sentirse súbitamente traspasada por la bendita mortificación... En el tumulto, la religiosidad se democratiza.

El sincretismo a la fuerza

En el atrio, por los siglos de las horas, los danzantes ejercen su monomanía, y le regalan a la vigilancia de Aquí y de Más Arriba la repetición que es fuego de la paciencia, el deseo circular de que Ella los acepte, en el regazo que es patria, creencia, raza, pueblo, comunidad, cansancio, energía resurrecta. Cada año crece el número de las tribus danzantes, algo tal vez atribuible a la vuelta a la religiosidad (o al estudio de la religiosidad, que de *vivencia* pasó a *tema*, como asegura la industria académica), y a la fascinación por los ritmos primigenios. Los danzantes son puntuales y su dignidad no se ve afectada por las arremetidas de los tradicionalistas contra penachos multicolores

y calzoncitos al mayoreo. Con su rigor, ellos hacen a un lado las fantasías y convierten el ritual en su templo mayor, su catarisis, su biografía terrestre y arcangélica. Así debió “nacionalizarse” la religión, en las adaptaciones incesantes que la miseria le impuso a la adoración y el pasmo de los conquistadores.

Tradicción es también disponibilidad de elementos, y desde hace tiempo las tribus de danzantes se visten como pueden. Se hizo trizas el vestuario que enorgullecía a las generaciones, o los turistas llegaron cuando había necesidad y se llevaron por unos dólares las indumentarias y las máscaras portentosas, o todo por servir desaparece... Sea cual fuere la causa, los danzantes no se afligen por su heterodoxia, al Señor sólo le ofende la maldad de los corazones, y, en la práctica, el vestuario típico se agranda hasta comprender máscaras y trajes de luchadores, el Caballero Águila se asocia a Octagón, el Tlatoani es pareja de El Santo, el Enmascarado de Plata y el volador de Papantla alternan con Spider Man. Si el motivo es piadoso, el uso de lo actual lleva su perdón a cuestas.

El nuevo sincretismo es muy sencillo, admite las mezclas porque las considera variaciones de un tema del siglo XVI, y no tiene sentimientos de culpa porque eso dificulta el matrimonio entre la industria cultural y el legado cósmico. En el sitio del siglo XVI, el show. En anticipación del show, las escasas minorías del siglo XVI. A los estallidos visuales de antaño los sustituye la regularidad cromática del Mexican Curios. Al Mexican Curios lo contrarresta la originalidad de la actitud. Al uso fiel de la ropa autóctona, lo desplaza el guardarropa del Ballet Folclórico, a su vez en deuda con el diseño hollywoodense de los cuarentas, que inventó dioses para tributarles coreografías, y soñó a los prehispánicos encandilados con la pasarela y las escenografías tropicales, y agradecidos con sus ídolos porque les permitían el tam-tam, los taparrabos, el fisicoculturismo, los collares de flores y las danzas lascivas. La danza: colores detonantes, el plástico incandescente, la ambición estilística que sueña con el glamour (con ese nombre) de Tenochtitlan antes de la llegada de los españoles.

Con todo respeto. La frase, una de las más oídas en el México

actual, es en verdad la gran disculpa que los cambios forzados le dirigen a lo tradicional. *Sé que serás desplazado, pero te dimos tu lugar. Me apena hacerte a un lado, pero así son las adaptaciones.* Con todo respeto, Señor Alcalde... Con todo respeto, amas de casa... ¿Y por qué no? Con todo respeto, Patroncita... Éstos no eran tus colores, ni así fueron los trajes de mis antepasados, ni estas máscaras de rudos implacables de la arena tienen que ver con las que en los pueblitos se tallaban con esmero y genio. Pero fíjate Patrona, ya nadie hace aquellas vestimentas, aquellas capas y máscaras. Todo está muy caro, y muy arduo de comprar. Por eso, acéptanos orita, lo que te traemos es lo que tenemos y no habrá más. Y ni te enojés, porque te contentarás nomás de ver cómo andamos. Entre nosotros y la moda se interponen los harapos.

En el atrio los danzantes se enfundan las máscaras de luchadores y le ofrendan a Tonantzin-Guadalupe ese principio integrador del rostro colectivo, la eliminación de los rasgos individuales.

Dos de la mañana: ecos de la teología popular

¡Oh! sabía muy bien que para el alma resignada del pueblo sometido al trabajo y a la pena, pero sobre todo a la injusticia y al pecado eterno —el suyo y el del mundo—, no hay mayor consuelo que encontrar un santuario o santo, caer de rodillas y adorarlo: "Si el pecado, la mentira y la tentación son nuestra herencia, hay en algunos lugares del mundo un ser santo y sublime que posee la verdad y la conoce; así pues, ella bajará un día hasta nosotros y reinará sobre toda la tierra tal como ha sido prometido."

Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*.

Observo a varios observadores de la religión popular. Hasta hace poco, el 12 de diciembre solía recibir del catolicismo pensante comentarios paternalistas: "¡Así es la gente! Su educación nada más los orienta al exceso. Le llevan a la Virgen sus frustraciones, su embriaguez y su mugre. Sí, también le llevan su fe incandescente, pero el culto es fundamentalmente pagano". Eso era antes,

cuando no se atendía a la religión popular, ni se analizaba el carnaval a lo Bajtin, ni se hablaba del espacio y del tiempo sagrados, y de "la opción preferencial del cristianismo: los pobres".

- Ella es la madre de Dios, su mamá de Jesucristo.
 - La Virgen es mujer humilde escogida especialmente, una campesina, para así empezar desde abajo.
 - Es igualita a nosotros, nomás que en bonito.
 - Para mí Juan Diego es el primer mexicano. Antes de la Guadalupana no había nación, porque todos los que concedían favores eran santos extranjeros.
 - Yo comparto a Dios, pero no a mis santos.
 - Yo rezo si me enfermo, si alguno de los míos se aflige, si no tengo dinero, si debo dar gracias porque me alivié, si ya conseguí dinero, si quiero demostrarle a Dios que no soy interesado. Yo rezo en las buenas y en las malas.
 - Lo peor de los ricos, es que teniéndolo todo le quitan el tiempo a Dios pidiéndole cosas.
 - Si Dios quisiera, se acababa la pobreza. Pero entonces, ¿quién le rezaba todos los días?
 - Los santos son nuestros abogados ante Dios, pero son abogados decentes: si Dios concede el milagro, no se llevan la mayor parte.
 - Los santos son santos porque están más cerca de Dios. A mayor lejanía, más pecado.
 - Según entiendo, los que no han sido bautizados andan por la vida arrastrando el pecado original.
 - Yo y mi finado esposo somos católicos; yo por precaución, él seguramente por gratitud.
 - Yo me casé luego de diez años de vivir con mi señora, para que mis hijos no pudieran reprocharle nada a su mamá.
 - A mi tío le pusieron una cruz en la boca para que no fuera a llevarse su modo de hablar al otro mundo.
 - A un niño que yo conozco le pusieron flores, para que los ángeles no lo fueran a confundir con un enano.
- Un grupo canta por enésima vez:

La Virgen María es nuestra protectora,
nuestra redentora, no hay nada que temer.
Somos cristianos y somos mexicanos.
Guerra, guerra contra Lucifer.

En la madrugada, algunos chavos se niegan a dormir, qué extraordinaria la noche en vela y qué divertido el estar juntos repartiéndose las convicciones. Y el objetivo central persiste aunque las conversaciones se desvíen por las veredas de los romances, las novias pasadas, los espectáculos, el trabajo cierto o soñado, las enfermedades, las fiestas de fin de año. Nada en los diálogos parece sacramental, y a su manera todo debe serlo, así el extraño no lo perciba. Los chavos (y eso intuyo, aunque por supuesto puedo equivocarme, porque quién es uno, y más si no comparte la creencia), le enseñan a la Virgen su intimidad, *sólo esto puedo darte, lo que siento y lo que me imagino*, la economía anda mal, y además ellos son como son, y su trato es con la Virgen, no con las valoraciones adjuntas.

En el atrio, en la espera de la explosión del amanecer, el relajo y el respeto son formas —aletargadas— de la misma trascendencia.

La hora de la sensibilidad arrasadora

LAS MANDAS DE LO SUBLIME

¡Ah! Lo Sublime que en la fe se escuda, alucinación de los miles y de los millones! Lo Sublime, que cada quien define a su gusto y a su muy leal saber y creer, conquistó territorios inesperados en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX. Nada más ténganse presentes los libros piadosos que abundaron a la sombra de novelas y reflexiones espirituales. Por supuesto, al principio eran más bien mujeres las auspiciadoras de esta literatura cuajada de títulos que se volvían recursos familiares: *Genoveva de Brabante*, *El mártir del Gólgota*, *Los últimos días de Pompeya*, *Quo Vadis?*, *Ben-Hur*, los relatos del martirologio, del arrojo ante fieras y gladiadores, del equilibrio entre Galilea y Roma, de paganos que se convertían a la Fe Verdadera a luz de los relámpagos en el monte Calvario. De seguro, de la literatura devocional en lengua castellana lo más leído durante un siglo es *El mártir del Gólgota*, de Enrique Pérez Escrich (1829-1897). Pérez Escrich, autor de otras novelas muy edificantes (*El cura de Aldea*, *Las obras de misericordia*, *La esposa mártir*, *El manuscrito de una mártir*) produce en serie las atmósferas “exóticas” del nacimiento del cristianismo, y su imaginación, un tanto previsible, un tanto incontrolable, es muy del agrado de los eclesiásticos. Véase por ejemplo un momento de *El mártir del Gólgota* (también a escena y muy representada por más de medio siglo). El bandido Dimas se compadece de María, José y el niño Jesús y los hospeda. Pero llega la hora de partir:

Mientras José ayudó a subir a la Virgen sobre la pacífica pollina, Dimas cogió al Niño en brazos.

Jesús, como si hubiera querido despedirse del hombre que con tanta bondad le había recibido en su casa, rodeó sus brazos al cuello del facineroso.